

“SE BUSCA QUIEN CALCE PERFECTO EN LA HUELLA...”¹

Cecilia Parrillo*

“...lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea es interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado de clasificar todos los recuerdos de la niñez”.²

Sigmund Freud establece que la tarea preliminar del psicoanalista –dentro de un tratamiento psicoanalítico- tiene que ver con “construir” o más bien “reconstruir” lo olvidado, lo que ha sido reprimido por el analizante o paciente y ha quedado inconsciente a partir de los indicios que lo reprimido deja tras de sí. Freud denominó a este proceso los sustitutos de lo olvidado. En otras palabras, no hay forma de acceder a lo inconsciente sino a través del material que nos proporcionan los sueños, los actos fallidos, los lapsus, los chistes, los síntomas, la transferencia (el tipo de vínculo afectivo que se arma con el psicoanalista) por citar algunas de las formas más conocidas.

Pero tal vez lo más interesante de esta cuestión sea el hecho de que Freud haya encontrado “vastas coincidencias” entre el trabajo del psicoanalista y el del arqueólogo. ¿En qué podrá parecerse el psicoanálisis, una labor tan poco asequible a mediciones cuantificables u observaciones objetivables tan lejanas a la ciencia -motivo por el cual también es tan criticado – a la arqueología?

Según Freud, el trabajo de construcción o reconstrucción de las piezas olvidadas por un paciente se asemeja³ al del arqueólogo que exhuma hogares o monumentos sepultados y destruidos. La diferencia entre ambos reside en que el analista trabaja en mejores condiciones al disponer de un material vivo, no destruido. Lo que nos quiere decir Freud con esto es que lo reprimido es inaccesible para un sujeto pero en algún lado se halla presente; lo que se ha olvidado no se ha destruido por completo. El arqueólogo, en cambio, suele tratar con objetos parcial o totalmente destruidos cuyos fragmentos mucha veces se han perdido irremediabilmente. Ahora bien:

“...así como el arqueólogo a partir de unos restos de muros que han quedado en pie levanta las paredes, a partir de unas excavaciones en el suelo determina el número y la posición de las columnas, a partir de unos restos ruinosos restablece los que otrora fueron adornos y pinturas murales, del mismo modo procede el analista cuando extrae sus conclusiones a partir de unos jirones de recuerdo, unas asociaciones y unas exteriorizaciones activas del analizado. Y es incuestionable el derecho de ambos a reconstruir mediante el completamiento y ensambladura de los restos conservados”. (Freud 1937)⁴.

Esto último nos permite preguntar si el psicoanalista podría en realidad lograr que un paciente lo recuerde todo. Considero que más bien nos da la pauta de que el trabajo de construcción o reconstrucción analítica se hace también –muchas veces a su pesar- con fragmentos, con piezas que faltan, por lo cual siempre quedará un enigma, un secreto sin develar y no por ello será imposible la tarea. Y tal vez en esto resida –a mi entender– su mayor riqueza y su mayor coincidencia con el trabajo arqueológico.

Me atrevo a decir que los arqueólogos y los psicoanalistas pensamos un pasado que está vivo en esas “piezas” que hallamos. El valor del pasado reside en las huellas, en las marcas. Si bien al psicoanalista no le importa tanto fechar al modo del arqueólogo, a veces cae en esa tentación porque necesita localizar los acontecimientos en una historia o en una prehistoria; pero en realidad no importa tanto si algo es más o menos antiguo, lo que importa es que las huellas insisten por ejemplo en los sueños –a veces de un modo repetitivo- y también se actualizan en el presente todo el tiempo con un carácter de novedad.

Volviendo al terreno arqueológico, podríamos decir que -si sólo es posible retratar el pasado a partir de las huellas y de los fragmentos- el arqueólogo, a pesar del rigor científico, aporta algo de sí mismo en esa búsqueda y hace en este sentido de sus descubrimientos algo novedoso; también revive el pasado mediante sus excavaciones.

Pero en realidad, el arqueólogo da vida a esas piezas que encuentra porque si no hubieran sido descubiertas por él éstas no habrían existido nunca.

NOTAS

1 Título tomado de la letra “Los que quieren” del escritor Pablo Ramos, del disco “El hambre y las ganas de comer” (2010).

2 Pequeño fragmento del cuento “Funes el memorioso” de Jorge Luis Borges, publicado en el libro “Ficciones” (1941-1944).

3 En realidad dice que es idéntico, pero no quiero crear tanta polémica.

4 Freud, Sigmund. 1937. Construcciones en el análisis. Tomo XXIII. Obras completas, Amorrortu.

Cecilia Parrillo es Licenciada en psicología (diez años no es nada) y Psicoanalista. Es docente en la cátedra “Salud Mental I” de la carrera de medicina de la UBA; atiende a sus pacientes en su consultorio particular y en el Hospital Ramos Mejía. Además, continúa su formación académica en la Escuela de Orientación Lacaniana; es colaboradora estable y escribe en la “Revista Enlaces” (del Dpto de “Estudios sobre la familia” de la EOL). Es amante –entre otras cosas– de sus gatas, del sol de su balcón y de las manifestaciones artísticas (cine, literatura, música, plástica, fotografía) y a veces logra sus propias creaciones.